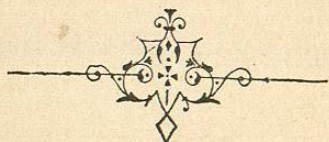


se echó en el suelo, en un mísero colchón, á descansar de las fatigas de tres semanas.

Doña Lorenza siguió rezando á la luz del velón, y el licenciado salió á echar un cigarrillo al corredor. La noche era clara; el cielo azul, dorado con el áureo polvillo de las estrellas, iluminaba la tierra con esa claridad indecisa que semeja la madrugada. Don Germán arrojó una bocanada de humo, se quedó mirando á la altura, y luego, dirigiéndose á Aldebarán, que lucía y se ocultaba como un fanal inmenso, le dijo alzando las manos:

— ¡Gracias!...



CAPITULO VI

La retirada de los seis mil

DOSOTROS los tristes, los solos y los abandonados; vosotros los que sentís hastío de la vida, la pérdida de las ilusiones y el desencanto que causa la infinita vanidad de todo, venid á mí, que poseo el remedio á vuestro mal y puedo dároslo sin que os cueste una peseta. Enfermaos, coged una dolencia que os ponga á las puertas del sepulcro ó que os lleve á él por la posta, y estaréis curados. Si morís, porque muriendo os libráis de todas las cargas de preocupaciones y pesares; si vivís, porque os vendrá tal amor á la vida, que consideraréis tan grande y tan hermoso habitar este valle de miserias, que al fin acabaréis por reconciliaros con todas las macas de nuestra menguada esfera sublunar.

Miguel pasó los primeros días entregado á la sola y egoísta satisfacción de haber salvado la existencia. Le

parecía estar sumergido en una onda pura y límpida que le traía al cuerpo inmenso bienestar; respiraba por todos los poros el oxígeno de la beatitud del ser, y encontraba todo tan bello y rico, que no dudaba que este mundo fuera el mejor de los posibles.

Don Germán y doña Lorenza tornaron satisfechos á su casa después de ser bien zarandeados por don Bernabé, que no dejó iglesia, altar, capilla, oratorio, colegio ni casa de caridad que no les mostrara, á fin de lucir aquella erudición en cosas poblanas, que era su encanto.

Luego que el enfermo se sintió válido, fué á presentarse al Cuartel general, y allí recibió una noticia que no dejó de causarle asombro: el General en jefe había preguntado por él, y aunque por esos días andaba Zaragoza de la ceca á la meca, probable era que pronto quisiera tener noticias de su persona.

Ya se le avisaba que el subtenientillo por quien había tomado interés, había librado el pellejo después de su pugna con la enfermedad.

A principios de Junio se creyó Miguel capaz de seguir en la gloriosa, y con la venia de Burguiccianni se presentó á la Mayoría de órdenes para que se la dieran.

Acababan de ocurrir los tristes sucesos de *Barranca Seca* y el *Borrego*, y el convaleciente, aunque no se sentía tan capaz que le hicieran mal unos días más de descanso, marchó á donde le mandaron, que fué la batida que

contra Matamoros Izúcar emprendió el teniente coronel Campillo.

Según decía Miguel años después, la primera expedición en que se dió cuenta de lo que le había ocurrido, fué aquella de Izúcar. Por el cinco de Mayo había pasado en un estado de semiinconsciencia y semiatonía que se semejaba mucho á la inconsciencia absoluta y á la atonía completa; en la expedición contra Montaña (así se llamaba el latro-conservo-traidor á quien atacaron) ya pudo pensar en el peligro que corría, en la manera de evitarlo y en la conveniencia de obrar como le indicaban quienes sabían más que él.

Montaña era un ejemplar (en aquella edad abundaron mucho) de guerrillero, asesino y ladrón, que, ora arriándose á un bando, ora al opuesto, cometía las mismas picardías y los mismos desafueros que habría cometido si no hubiera contado con el pretexto de la disputa entre enemigos.

Había quemado los pueblos de Coayuca y Chiautla; había saqueado Tamasola, Tlalixtac, Chinantla y Acatlán; había asesinado á más de veinte personas de Huajuapam, dejando sus cadáveres pendientes de los árboles del camino, y había, en fin, logrado distinguirse entre los bandidos en una época en que los había de patente.

Hizo resistencia; pero al fin cayó la población en manos

de los republicanos, y el bellaco pagó con su vida las muchas de que antes había dispuesto.

A fines de Agosto regresó á Puebla Miguel y recibió una carta que pocos días antes le habían dejado.

La carta decía así:

«Mi querido amigo y custodio: Vos que habéis sido mi Hernando de Alarcón, porque como el rey Francisco me habéis custodiado durante mi cautiverio, merecéis que os escriba de preferencia, dándoos cuenta de lo que me ha pasado desde que nos separamos.

»Merced á mil exquisitas indagaciones, logré averiguar vuestro domicilio; pero con gran dolor me enteré de que estabais en el lecho, á consecuencia de una fiebre que no os abandonaba hasta la fecha de mi salida. Habría deseado, sin embargo de todo, daros mi abrazo de despedida; pero un anciano que me vió en la puerta de vuestra casa me advirtió que estabais sin juicio, sin discurso y que no me reconoceríais.

»Puedo aseguraros que no me entristeció el fracaso sufrido frente á Puebla, ni las acometidas de las bandas liberales que sin cesar nos acosan, ni las enfermedades y el calor de la costa; algo me duele más que todo eso, y es la hostilidad neta, declarada, indudable de la población mexicana. Pasamos por las haciendas y ranchos, y la gente se esconde, los víveres desaparecen, los animales de tiro y

silla no se consiguen ni por todo el oro del mundo, y se nota un aspecto tal de reserva, de hostilidad, de odio, para decirlo en una palabra, que verdaderamente entristece.

»¿Pues no hemos sido llamados? ¿Pues no debía aclamarnos y celebrar nuestra llegada la porción más sensata del pueblo, todo lo que aquí puede y vale? ¿Pues no íbamos á sacar del poder de una espantosa oligarquía á toda la gente honrada que deliraba por derrocar á Juárez? Y, sin embargo, ni en las poblaciones tenemos como adictos á los ricos, ni en el campo contamos con los pobres. ¿Será que Juárez, en vez de ser el monstruo espantable que nos pintan en Francia, es un hombre serio y un patriota incorruptible, ó será que, siendo un demonio sin freno, le prefieren al yugo de un extranjero? — Yo de mí sé decir que mejor quisiera el peor de los gobernantes franceses para mi patria, que el más grande y sabio de los legisladores procedentes de fuera.

»Habéis de saber, pues, que ya se han fogueado dos veces nuestras tropas desde que salieron de Puebla. La una fué contra las fuerzas de Tapia, que atacaban á las de Márquez, en el punto de Barranca Seca; la otra en el cerro del Borrego, acción de que debéis ya tener noticia circunstanciada por las gentes que estuvieron allí.

»Salieron con la columna Lefebvre, cincuenta hombres del segundo, y llegaron cuando la acción estaba ya muy comprometida; Márquez habría sucumbido si no hubieran

llegado los franceses oportunamente. Me figuro que no ha de haber sido floja su satisfacción al oír las cornetas de Lefebvre que tocaban ataque. Subieron los zuavos la eminencia, en medio de un fuego nutridísimo y que mucho les molestaba, y no tardaron en desalojar al enemigo de sus posiciones quitándole seiscientos prisioneros, caballos, armas y cañones, y haciéndole una buena cantidad de muertos. Por la noche descansaron á pierna tendida, y á la madrugada pudieron saludar la llegada del general Lorencez, que con una columna de las tres armas se adelantaba á auxiliarles.

»Y ya que os hablo de nuestros simpáticos aliados, permitiréis que os diga mi impresión acerca de ellos. ¡Qué rostros, qué ojos, qué actitudes, qué voces, qué meneos! Uno hay que me lo han presentado diciéndome que *debe* siete muertes; me hicieron el elogio de otro asegurándome que había entrado á viva fuerza en once poblaciones; conozco á uno que se ha *jurado* (creo que así se dice) á treinta doncellas, y en cuanto á incendiarios, asesinos por paga, asaltantes de diligencias, ladrones de ganado y otras cien variedades inferiores, la lista no tiene fin.

»Hay muchos sombreros galoneados de oro, muchas calzoneras plateadas, muchas cicatrices de á cuarta, muchos cabellos sobre el rostro y mucho ademán de fiereza; pero, en cambio, ¡en qué estado se halla lo demás! La tropa se compone de hombres flacos, amarillos, de mejillas

chupadas y de ojos brillantes y hundidos. Uno se engalana con una chaqueta que fué de riquísimo paño, pero que á la fecha ya no tiene pelo ni color; lleva pantaloneras abiertas desde la cadera hasta la rodilla, mas no tiene calzones ni zapatos; otro está trajeado con prendas militares de la cintura para abajo, pero de la cintura para arriba no lleva sino un zarape de colores vivísimos... Y otro, y otro más con chacós de caballería, con gorras de granaderos, con hábitos de frailes, con zapatos de cómicos, con todos los disfraces posibles... Haced de cuenta que una prendería se echa á andar y que interviene para la colocación de las prendas la fantasía de un loco: así tendréis idea de lo que es el ejército mexicano.

»Los caballos son diáfanos de flacura; tienen el mínimo de carne bajo el pellejo, y en cuanto á alimento y á descanso, se conoce que andan muy mal; así me lo hacen presumir las miradas que me dirigen, tardías, opacas, sin brillo, cual si vinieran de limbos ignorados.

»No es menor el hambre de los pobres conservadores que la de sus caballos. Cuando ven en manos de nuestros soldados el café caliente ó el pan de corteza dorada, comienzan á escupir con verdadero entusiasmo, y cuando los buenos muchachos les hacen partícipes de su rancho, lo embisten con una furia, que si emplearan sólo la mitad contra los liberales, pronto no quedaría uno para contarlo.

»A su general, un tal Butrón y á un coronel Ortiz de

la Peña, que también vale mucho entre ellos, les conocí ayer. Con deciros que ninguno de ellos sabe leer y que no tienen siquiera idea de lo que es Francia ni de quién sea el Emperador, quedaréis enterado de lo que son.

»Y al ver tales cosas se me ocurre preguntar: Si venimos á proteger á esta gente y si esta gente es lo mejor que hay en México, porque son la parte sana y las personas de arraigo y de posibles, ¿cómo estará lo demás?

»Yo no puedo resolver nada por las pocas horas que estuve á vuestro lado; mas si he de juzgar por la generosidad, por la benevolencia y por la hidalguía con que me tratasteis vos y los vuestros, de vuestra moralidad, inteligencia y aptitud para gobernaros, yo diría que la parte sana del país sois vosotros, y que los demás son unos grandísimos impostores.

»Sabréis que tuvimos la suerte de triunfar en el cerro del Borrego contra las fuerzas que mandaba Ortega. Yo no concurrí á ese hecho de armas, y sólo sé lo que me contaron.

»Quizás no tendréis tan amplias noticias como sería de desear sobre ese desastre en que pereció la bella división que desde Zacatecas os había traído el general Ortega.

»El cerro del Borrego es una eminencia situada á las puertas de Orizaba. Tiene unos cuatrocientos metros de altura, y es tan escarpado y agreste, que aunque el General sabía bien que había desempeñado papel muy prin-

cipal en los ataques á la ciudad reina de las tierras templadas, descuidó fortificarlo, no creyendo que hubiera quien lo utilizara como punto militar. Parece que de concierto Ortega y Zaragoza, á la hora que éste atacara la ciudad por la llanura, aquél debía hacer fuego desde la montaña destrozando á nuestras tropas. Afortunadamente los juaristas, que habían pasado sin ser sentidos por las grandes guardias de Taboada, fueron notados por nuestros espías que dieron cuenta á Lorencez de que se movían en el Borrego gentes sospechosas.

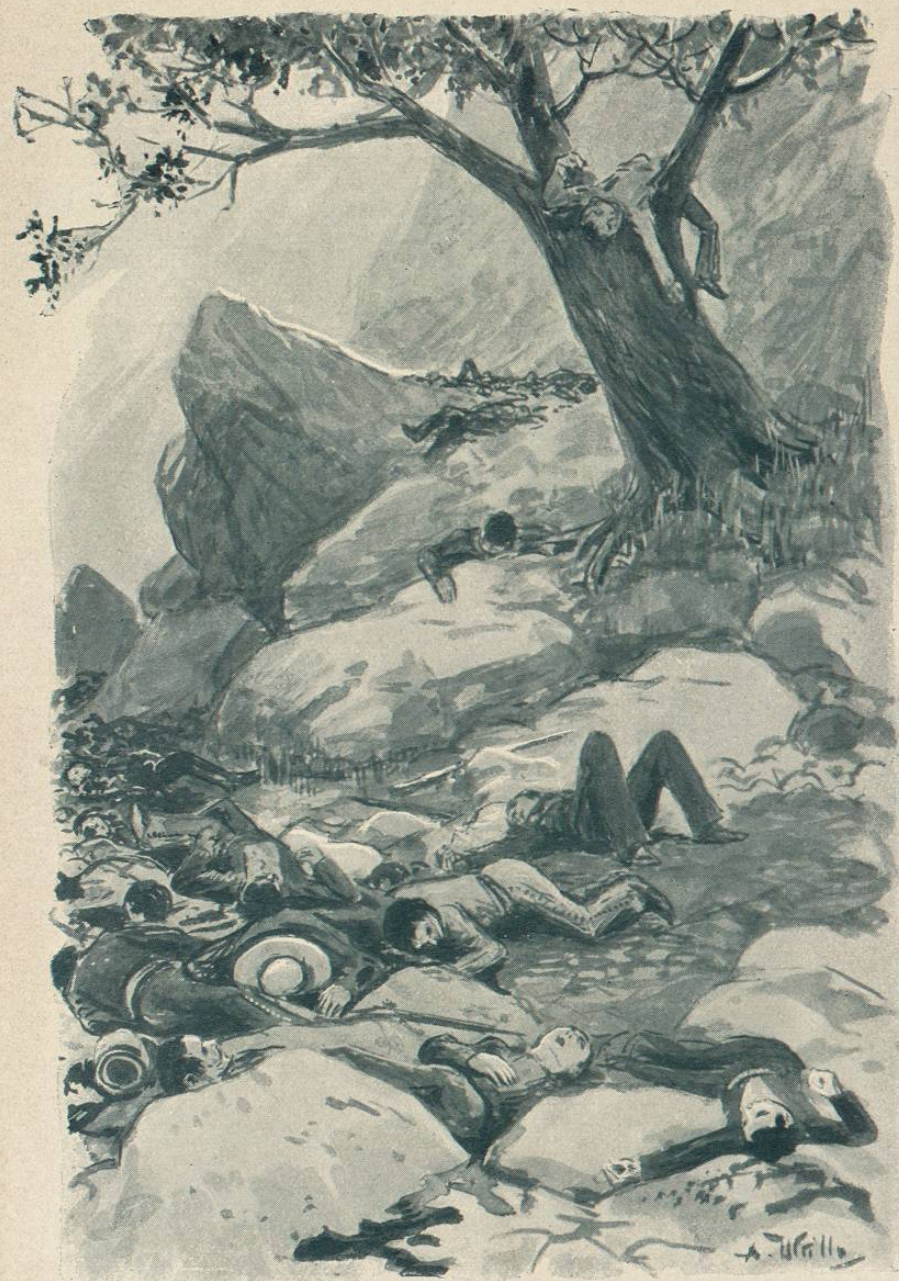
»Mandó el General para observar lo que aconteciera, al capitán Dietrie, que á favor de la obscuridad de la noche y de las brumas del monte, trepó hasta cierto punto en que recibió una descarga. Ni un solo tiro hirió á los intrépidos franceses; lograron retirarse á un lado del foco donde partió el resplandor de la descarga, y seguros de estar completamente ilesos, embistieron á la bayoneta contra los mexicanos que defendían el terreno palmo á palmo. Debe de haber sido terrible aquella lucha: los franceses ascendiendo con el arma siempre ensangrentada; los otros, retirándose todavía con orden y resistiendo con brío la acometida.

»La buena suerte de Dietrie consistió en que el ruido de la fusilería se hubiera oído desde el campo; subió el capitán Leclerc con su gente, y contando ya con este auxilio, Dietrie pudo tomar resueltamente la ofensiva

contra los mexicanos. Estos trataron de resistir; pero Dietrie, animado al mismo tiempo por su arrojo y por el temor de que viniendo el día se convencieran los mexicanos de que sus enemigos formaban apenas un puñado de hombres, siguieron con gran brío á los contrarios. La persecución no fué inútil, pues no tardaron los de Ortega en huir montaña arriba en una dispersión loca, absurda é inmotivada, que hizo que los nuestros quedaran bien pronto dueños del cerro hasta la altura.

»Por la mañana los franceses que habían realizado aquella hermosa proeza, y los que subieron asustados por el ruido de las descargas, quedaron pasmados de admiración al ver lo que había ocurrido. Los mexicanos se habían fusilado entre sí, se habían traspasado con las bayonetas, se habían destrozado con los sables, se habían arrojado á los precipicios juzgándose enemigos, y después de luchas dantescas, espantosas por la obscuridad de la noche y lo escarpado del sitio, y porque los enemigos contra quien combatían no eran gente nuestra sino de ellos.

»En el fondo de los barrancos se hallaban cientos de cadáveres; en los picos de las peñas había jirones de ropa, charcos de sangre y fragmentos de miembros; en las ramas de los árboles estaban encajados cadáveres que demostraban haber tenido una terrible agonía; al borde de los precipicios había hombres que aun vivían y que sin



En el fondo de los barrancos se hallaban cientos de cadáveres

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO